

Afterglow

Ángel Núñez



Capítulo 1

La estructura de la Emperatriz de Jade es jocosa. Ubicada en pleno corazón de Manhattan, entre edificios negros, la emperatriz sobresale de todo, a razón de su diseño desigual y separado en bloques, probablemente debido a que en un inicio no fue un edificio de viviendas, sino uno comercial: Hay una amplia entrada, con una puerta de vidrio y plata (o algo parecido a la plata), con vidrios ahumados que dan al interior del hall. Desde fuera puede apreciarse que la base cuadrada y redondeada de la emperatriz se expande, con sus dos pisos de duración, hasta la 'cintura.' Una vez en el hall, hay que buscar una puerta con una pequeña ventana de lunares, que al abrirla lleva a un angosto pasillo amarillo pastel, con dos puertas de madera sin enumerar, muy alejada la una de la otra, y doblando por ese pasillo mal iluminado, esquivando la caja roja del matafuegos (puesta justo en la esquina invisible por donde se debía seguir a continuación –lo sé, muy mal intencionado-), se ve la escalera, y a un costado una puerta de metal, con la pintura agrietada, que dice «sótano»; sí se sube la escalera de mármol, con aquel elegante barandal de madera negra, y con aquella pared de tablas también de madera, que queda muy elegante, pero que sinceramente no combina con la moda, se da con otro pasillo, en el primer piso, éste totalmente pintado de blanco piedra (o quizá ni siquiera pintado), que parece seguir el camino de la planta anterior, el amarillo, pero hacia otra dirección, y en una pared contraria a la boca de la escalera, por la cual se puede seguir ascendiendo por el otro costado, hay tres puertas, todas abiertas, siendo la primera una oficina, con un archivador de metal pintado, un escritorio con cajones y una máquina de escribir (y un reloj de pared, que marca cualquier hora); y en la segunda puerta se puede hallar un baño viejo que hace las veces de cuarto de limpieza, con su conjunto de escobillones, botellas de jabón y una lustradora eléctrica; en la tercera habitación hay mucha oscuridad, pero si uno se asoma, llegaba a vislumbrar el brillo de unos focos, como si se tratase de un cuarto de máquinas. Como sea, doblando al fondo se da con la puerta de rejas del elevador.

¿Por qué el tramo del elevador comienza ahí y no en planta baja? Nadie lo sabe con seguridad. Quizá aquellos que construyeron el edificio olvidaron dejar un espacio libre antes de llenar el interior de las paredes con caños y cables, o quizá fue una omisión del arquitecto que dibujó los planos, o quizá no fuese omisión sino adrede que la planta baja quedara despejada para situar departamentos cuyo propósito es desconocido. Nadie vivía allí. Era posible, también, creer que el burócrata que diseñó la torre quería dar a entender que del primer piso al once no había nada realmente apreciable, sino pasillos y puertas, pero quien mirara para arriba y viera a la Emperatriz, notaría la cintura, una columna un tanto más delgada que la base, cubierta de azulejos verde jade hasta el tope, recorrido por algunas ventanas triangulares, circulares y cuadradas, desde donde puede

verse la inclinación diagonal de las escaleras que iban de un piso a otro.

Quizá las personas de los edificios aledaños, con ventanas enfrentadas a las de la cintura de la emperatriz, notaran lo siguiente: Todos los pisos se encuentran de blanco, excepto el sexto y el séptimo, que están cubiertos de pequeños azulejos cuadrados de color celeste, y cuyas ventanas exteriores son rectangulares y están sucias, y que a partir del octavo piso, hay vegetación en los pasillos, bloqueando la escalera. Colgando de las ventanas, solía haber macetas de barro escondidas bajo una alegre maleza verde; pero esto daba igual, porque si se tomaba el elevador de todo aquello no se enteraban ni A, al menos que hubiera un incendio y... Como sea, en un pasado, quien llegara al piso once, si quería llegar a la terraza (sobre el piso quince), podía tomar el otro elevador, cuya puerta está en ese piso, enfrentada a la puerta del otro elevador que viene desde el primero, pero que ahora no funciona y nunca nadie lo arregló, así que si querías llegar del onceavo hasta más arriba, debías subir por la escalera, sí o sí. Pero vería que era más bonito pasar por allí, porque todo está cubierto de pequeños azulejos amarillos (que en algún momento habrán sido blancos), y porque hay plantas en todas las esquinas, como helechos del triásico, con hojas enormes, y hasta algunos pequeños árboles bonsái del japonés del departamento 48, en el piso doce. Esta parte del edificio era conocida como la 'cabeza' de la Emperatriz, que por supuesto llevaba su corona, pero ya hablaremos de eso. Lo importante aquí es saber que todos, todos, los departamentos en la cabeza son enormes, de tres ambientes como mínimo, e inclusive hay un departamento de dos pisos, que empieza en el piso doce, donde está la cocina, el living, el comedor, y subiendo una escalera de caracol, se llega al departamento del piso trece, donde están las camas y la mesita de luz, y no hay muros, excepto por la habitación del baño, ya que toda esa área está separada del cielo por paneles de cristal de dos metros que dan al Oeste, desde donde se puede verse el resto de la ciudad y también la puesta de sol. Algunos llamaban a estos departamentos conectados La Habitación Babilónica, y le pertenecía a una modista, que lo heredó de su abuela muerta. Pero ya todos conocen esa historia. Los departamentos que dan a la calle están provistos de patios-balcón, que son casi una habitación aparte que sobresale de la torre, pero de forma muy irregular. No hay ni un solo balcón sobre otro, lo cual hace parecer que el edificio está constituido por secciones mal puestas, unas sobre otras, y que la fuerza del viento de Montana derrumbará tarde o temprano. Pero aun así es una muy bella vista desde el exterior, ya que algunos de estos balcones son como pequeños terrarios, inundados hasta el tope de sus muros en plantas verdes, con flores tropicales de misteriosa procedencia. Podría parecer que las distintas partes de esta criatura arquitectónica la hacen ver como a un pastel de bodas, pero no es así, ya que este caos está perfectamente integrado a un solo bloque armónico y deforme de color verde jade que sobresale por su altura y su forma, coronada por las rejas plateadas en los bordes de la terraza, donde a fuerza de musgo ya crecía pasto, y aún quedaban allí abandonadas una mesa y dos sillas plásticas de alguna vieja

velada romántica, a la luz de la luna o al ocaso del atardecer.

¿Por qué la llamaban la Emperatriz de Jade? Bueno, un artista neoyorkino, desconocido, pintó una vez un *graffiti* en uno de los muros de la terraza, con una mujer vestida de jade, al estilo cubista de Picasso, con una corona cuadrada sobre un pelo negro y azul, con unos ojos amarillos como ventanas y unos labios muy rojos. Debajo de la obra estaba escrito el título y la fecha, 1978-11-14. No obstante, ésta pintura no puede verse muy bien ahora a causa del musgo y de la lluvia, que hizo desastres en las capas de pintura, pero que de seguro debería haber una fotografía en algún lugar, porque, ¿no es esta la ciudad de los fotógrafos?

Como último detalle, debe decirse que antes el edificio tenía unas letras doradas sobre la entrada que decían *La Bellize*, pero esas letras fueron quitadas por alguien, y reemplazadas un cartelito negro de vidrio con el título *L'Impératrice de Jade*, en letras de plata.

La música pop estaba demasiado alta para esas horas de la noche, de un viernes, pero era una fiesta y los espíritus jóvenes nunca descansan. Los inquilinos podían subir a quejarse, pero todos estaban demasiados borrachos, o demasiados intoxicados con marihuana como para hacer caso. Y Kelly, la del 51, estaba encerrada en algún baño, en algún otro departamento, aspirando líneas de coca. Si la policía llegaba a acudir, bajarían la música un momento, o no, y todos se irían a esconder en cualquier sitio del departamento del piso 12º, donde vive una pareja de ancianos de tendencia *new age*, que gustan de podar sus arbustos de hachís, escondidos entes las hojas de bambú, y son amigos de todos. De modo que, ¿para qué quejarse? Si los inquilinos no podían dormir por el ruido, lo mejor era vestirse, subir las escaleras e invitarse solos a la fiesta. ¿Quién se daría cuenta? Había más gente allí que en una convención hippie, y la mayoría estaba ocupada besarse con extraños, en hablar sobre California con hermosas mujeres y en beber un horrible vino francés.

Gina estaba apoyada en la pared amarilla (o blanca) del pasillo, en el piso 13º. Retenía el agrio humo de un cigarrillo mientras miraba por la sucia ventana de la escalera. Afuera, la noche era tan oscura como la profundidad del mar. No había gente despierta en los demás edificios. ¿Estarían todos aquí?

La gente que pasaba por la escalera, reía y bebía cerveza enlatada como si el edificio fuese un club nocturno. Esa era la sensación. Las modelos polacas, delgadas como esqueletos vestidos en piel, hablaban en polaco y bebían botellas de cerveza europea con extraños símbolos en su etiqueta. Estruendosas y sensuales carcajadas provenían del 51; en el piso 14º alguien había puesto jazz muy fuerte desde un tocadiscos. Una pareja

subió por la escalera tomada de las manos, algo tambaleantes. Él era blanco, pelo largo y lacio, con una chaqueta de jean, y ella era negra, alta y con el pelo corto, como Gina, pero de color negro y con forma de bola, como la moda de los 60's. Debía tratarse de unos artistas. Al ver a Gina en la ventana se detuvieron.

—Hola, ¿sabes dónde está Kelly? —le preguntó el chico de pelo largo.

—Toca en el 52. Si no está allí, prueba en el 53.

—Pero, ¿el 53 no está en otro piso?

—Sí —respondió Gina, sin interés. La pareja no dejó ni un segundo de sonreír y luego de que el chico hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza, subieron hasta el concurrido pasillo del piso 13.

Gina los vio desaparecer y dejó escapar el humo por un costado de su boca.

Arriba, la puerta del 52 se abrió de golpe y una voz femenina exclamó "¡Jennifer, Brian, vinieron!" Kelly los abrazó a ambos con sus largos brazos. Llevaba un vestido rojo sin espalda y tenía el pelo teñido de azul atado en un rodete. Si hubiera tenido un gato siamés entre sus manos en lugar de una copa de vino, podrían confundirla con la esposa de un ricachón.

De repente, la música cambió, y ahora sonaba rock en el pasillo, y la queja melancólica de amor proveniente de un saxofón llegaba desde el piso de arriba.

Un *clown* se apareció por el piso 12º. Olfateaba las extrañas flores que bloqueaban casi por entero el acceso a la escalera. Vio a Gina mientras subía, pero no le llamó la atención hasta que la tuvo cerca.

—Disculpa, ¿nos conocemos? —preguntó, con ademanes femeninos.

Claro que se conocían. Era Pepe Rodríguez, un modista americano. Por supuesto, ese no era su nombre real, sino un apodo de profesión, porque estaba de moda todo lo relacionado con los hispanos de México y Cuba, como Rodríguez, Pérez o García. Nunca algo como Castro o Guevara; que eran mal sonantes. Al ser gay y al hablar raro, a la gente le costaba notar que Pepe era norteamericano, no sabía ni jota de español, excepto por *hola, ¡qué sabroso!* y *tequila*, y siquiera que era blanco, porque siempre estaba bronceado. Pero definitivamente era gay.

—Como sea, ¿sabes dónde está mi Kelly?

En el 52 había botellas de whisky y champán regadas por el suelo; revistas MoDÉ viejas y manchadas sobre la mesa de cristal; un pequinés blanco dormido sobre el sillón, muy tierno en apariencia, pero que si era molestado se ponía a ladrar a todo pulmón. Las luces estaban encendidas, como para evitar dar lugar a algo indecoroso. El ventilador metálico soplaba por sobre las cabezas de la multitud. Gina se acercó lo más que pudo para sentir el débil viento en su rostro. En una habitación, dos chicos borrachos jugaban póquer con naipes ilustrados con mujeres desnudas, usando la espalda de una chica dormida como mesa.

Gina mezcló todo ese descontrol en su mente y se preguntó quién demonios era el dueño de ese departamento y por qué había tanta gente allí.

En la cocina, el refrigerador albergaba algunos frutos, un queso rancio y varias botellas de alcohol disfrazadas como licor, cerveza, vino y demás. Debía ser el departamento de alguna modelo, amiga de Kelly. Gina llenó su copa con un *extra brutt* y miró con detalle los adornos del living. Había gatos egipcios de madera; un buda de bronce con un billete bajo la barriga; una figura de Ganesh y varios espejos chinos de la suerte. No había crucifijos, ni madres María ni retratos familiares. ¿Qué clase de persona habitaba allí?

Gina salió del departamento y la fuerte música del 51 la golpeó. La puerta estaba entreabierta, mostrando la oscuridad interior, como si fuera un bar. Una pareja salía de allí entretanto, y Gina pudo echar un vistazo al interior. En la casi oscuridad, una joven negra bailaba, solitaria, el pegajoso ritmo de *Did You Ever Try To Hear The Night?*, del grupo húngaro OWL. Parecía una jirafa, con sus largas y fibrosas piernas, que terminaban en unos zapatos de tacones rojos. La chica sólo pisoteaba la alfombra sucia al ritmo de la música.

Gina, atrapada en un ceñido vestido gris surcado de lunares rosas, casi no podía separar las piernas al caminar, pero aún así se dirigió al pasillo mientras escuchaba a Curtis cantar: "*baby, baby, move your fake head.*"

Abajo, una chica de *dreadlocks* largos, con lentes de sol y un gorro de chico le preguntaba a los gemelos polacos si habían visto a Kelly. Los gemelos se miraron y luego miraron a la chica, y le respondieron, en un idioma parecido al inglés, "debe ir a baño." Luego desaparecieron en el 51.

Gina volvió a la escalera de antes. Sentó su bonito trasero en un escalón y encendió el último cigarrillo que le quedaba. Pensó que estaba en un lugar extraño. Una mezcla entre un motel barato y un edificio normal. Pero sabía, en ambos estaba prohibido albergar plantas en los pasillos. Una masetta enorme, rebosante de puntiagudas hojas de aloe vera, estaba

justo en la boca de la escalera. Un lugar extraño, sin duda.

El piso 12º, al igual que los demás pisos, era un pequeño rectángulo mal iluminado, cuyas luces se apagaban de a ratos y había que oprimir un botón fosforescente para volver a encenderlas. No había más que cuatro puertas de departamentos, más la puerta del basurero, y todas las paredes estaban cubiertas por plantas diversas, que brotaban desde pesadas macetas. Algunas eran simplemente hojas, cuyo ancho superaba el de una mano, y también unos árboles tan pequeños que parecían falsos. Algunos de ellos tenían poca vegetación y sus finos troncos serpenteantes estaban cubiertos por cables. De hecho, había una mesa, con estantes entre sus patas, que daba soporte a uno de esos arbolitos, pero que era el doble de grande que sus hermanos.

Para Gina, la fiesta de arriba se había tornado aburrida, pero no había dónde ir a esa hora. Sí, debían ser las dos o las tres de la madrugada. Cualquier paparazzi se haría millonario si tomara fotografías de los famosos que se encontraran en las condiciones en las que estaban las modelos de arriba: Ebrias; estúpidas; bailando de forma ridícula; tomando cocaína en el baño con Kelly. Casi todos los viernes era lo mismo. Si no era aquí, era en el bar Hudson. Modelos desconocidas de aquí y allá, nacionales e internacionales.

Una chica de los lentes de sol se acercaba.

—Oye, ¿has visto a Kelly? Y no me digas que está en el baño del 51, porque la puerta está trabada.

—¿Kelly? —Responde Gina— ¿Quién es Kelly?

Love me, Sister de Holy Grigg-Spall, sonaba sobre el débil cantar del saxofón.

De algún lugar del oscuro pasillo, Kelly surgió como un espectro en parte alta de la escalera y gritó a la chica del gorro —¡Marla, aquí chica! Ven a beber algo.

Kelly era una chica alegre, de unos 23 años. Casi siempre terminaba borracha y había que acompañarla hasta su casa en un taxi o se drogaba hasta el borde de la muerte. La conocían por esos extravagantes lentes de sol circulares que llevaba encima, para no mostrar sus profundas ojeras. Era terriblemente delgada, pálida como un cadáver y ahora tenía el pelo azul. Había estado en París, pero cuando su novio la abandonó por una francesa, ella cayó en una profunda depresión, que sólo pudo calmar con las fiestas. Aunque también le encantaba hacer fiestas antes de París. ¿Mencioné que era una chica alegre?

—Gina —dijo cuando la tuvo enfrente—, ¿cómo la estás pasando?

Su sonrisa era hermosa, a pesar del lápiz amarillo en sus finos labios y de aquellos pómulos huesudos. Casi nunca comía, y Gina recordó como en una fiesta de cumpleaños lo único que probó del pastel fue una de las frutillas que venían como decoración. Kelly era su agente, de modo que Gina le dedicó una magra sonrisa mientras ella se sentaba a su lado.

—Cuéntame, ¿en qué piensas siempre que vienes a este rincón? —dijo, mientras le quitaba el cigarrillo.

—En que debería estar durmiendo...

Pero cómo dormir cuando el hábito no te lo permite. Dormir no es propio de una modelo.

—Escucha —dice Kelly—, es The Horizons, tocando tu canción favorita.

—Never Castel.

—Con esa canción no conocimos, ¿recuerdas?

—En tu departamento, cuando vivías en Chicago. Compartiendo un cigarro de droga.

—Marie Juana no es droga —dijo Kelly, dejando escapar el humo por su pequeña nariz.

—¡Kelly! —un grupo de chicos con los flequillos de colores habían aparecido en la escalera, justo detrás de ellas.

Al parecer alguien, o un número indefinido de alguien, habían iniciado su propia fiesta en la terraza y ellas estaban invitadas. Una radio estaba conectada a un viejo tomacorrientes, reproduciendo, a máximo volumen, música salsa, pop, rock y funk, lo que no combinaba demasiado bien con el jazz del anciano del piso 14º.

Cuando Gina y Kelly llegaron al piso 16º, los jóvenes se movían al ritmo del groove con Nazi Girl, de Peter Harl's Groove. El problema con bailar en esa terraza era que no se limpiaba muy a menudo, y se debía tener cuidado de no pisar algún cable pelado escondido entre la basura, o entre las largas hojas de esa especie de pasto gris que la lluvia había alimentado. Además, eran las cuatro de la mañana y estaba completamente oscuro. Lo único que había para iluminar la escena eran un par de velas aromáticas atrapadas en frascos de vidrio. Pero los chicos se movían en la oscuridad sin problemas, y gritaba a todo pulmón. Quizá

porque estaban muy ebrios.

Kelly invitó a Gina a meterse en el baile, pero ésta buscó desembarazarse de la situación lo más rápido que pudo. En su lugar, volvió al pop del departamento 51, ya saben dónde.

Gina tomó asiento en un sillón de tela, mientras levantaba a botellas a contraluz de una lámpara de lava para ver cual tenía un poco de líquido. Allí también reinaba la oscuridad. Del otro lado del sillón, una pareja intentaba devorarse mutuamente, mal iluminados por la pantalla de un televisor que sintonizaba una animación japonesa. Al fin, Gina encontró una botella llena de licor de limón y bebió un trago mientras miraba el televisor.

Arriba, el piso 14^o se había vuelto la zona oscura, y varias parejas se apretaban a las paredes, haciéndose huecos entre las macetas de barro, para besuquearse. El ritmo del saxofón de Billy Harris acentuaba lo lascivo de la situación, y hasta era posible oír gemidos por lo bajo. En el piso 12^o, una chica en patines y con un casco con pinchos bailaba solitaria el ritmo de la música disco del 13^o. Cada vez que alguien subía o bajaba, se la quedaba viendo. Era una belleza. Su cabello rubio ondeaba mientras giraba en su sitio. En el 13^o, la gente se había encerrado en el departamento 50, o en el 51 o quizá en el 52. Ya no quedaba nadie en el pasillo y las luces se habían apagado.

Capítulo 2

Luego de varios minutos, el elevador se detuvo en el piso 11º. Un chico gordo, con su cabellera hecha un revoltijo bajo el gorro, salió y luego de ver que las luces en el elevador del frente no estaban encendidas, se dio cuenta que debía subir las escaleras si quería entregar todas las pizzas a tiempo. Y muy para su desgracia, así lo hizo.

El timbre del departamento 51 sonó entonces, despertando a Gina. Al instante, la puerta del cuarto de Kelly se abrió, mojando con su luz al resto del departamento. De allí surgieron dos sujetos con los torsos desnudos. Los sujetos vaciaron sus billeteras hasta el último centavo, pagaron al chico de las pizzas y regresaron al cuarto de Kelly con las cajas. Mientras entraban, del cuarto provino un griterío de alegría, que dejó de oírse ni bien se cerró la puerta.

Gina se estiró y un profundo bostezo surgió del fondo de su alma. ¿Cuánto había dormido? ¿Qué hora era ahora? Bien, daba igual. Era hora de irse. Al pararse, casi tropieza con una pareja de tortolos que se había quedado dormida en el suelo. Cuando cruzó la puerta, vio al chico de las pizzas contando el dinero al final del pasillo. Descendió la escalera y le sorprendió no hallar a nadie más. La música todavía sonaba fuerte. Las fiestas de Kelly a veces parecían interminables. Y pensar que vivía en la misma residencia hace tres años. ¿Cómo es que todavía no la habían echado?

Mientras Gina se alejaba, el eco de sus pisadas retumbaba en el pasillo vacío. Ante el rumor de pisadas en la escalera, se detuvo a ver quién venía. Para su sorpresa, no era Kelly, sino una chica rara, vestida como si viniera de una competencia, cargando los patines con sus brazos y caminando descalza. A pesar de la luz, no pudo ver a Gina, y se encaminó hasta a puerta del departamento 47. De algún lugar de sus pequeños pantaloncillos plateados, extrajo un juego de llaves con el que abrió la puerta. Luego vio a Gina, y ambas se quedaron viendo.

—Disculpa —dijo Gina—, ¿has visto a Kelly?

La chica se detuvo a pensar, pero sin quitarle la vista de encima a su interlocutora. Parecía que buscara reconocerla de algo.

—¿Eres su amiga? —dijo al fin.

—Sí. Sólo quiero despedirme.

La chica sonrió luego de un momento.

—Ven —dijo, mientras abría la puerta.

Luego de ver a la chica desaparecer hacia la luz amarilla de su departamento, Gina dudó por un momento en seguirla, pero lo hizo. Y al entrar, sus ojos se maravillaron, y una sonrisa a boca abierta surgió en su precioso rostro.

Frente a ella se extendía una especie de lobby gigante y espacioso, poco amueblado. Las paredes estaban cubiertas por placas brillantes de madera de cerezo, cuyos tonos iban del castaño claro al miel. Estas placas, a su vez, tenían un bello diseño de olas, y en su madera había perforaciones circulares, de al menos dos metros de diámetro, a través de las cuales podía verse las paredes, pintadas de color crema, y otras perforaciones parecidas, pero mucho más pequeñas, en las que había espejos. En una esquina, dos filas de ventanas rectangulares, cada una ubicada en una pared adyacente, se encontraban y hacían las veces de mirador, revelando un cielo que comenzaba a clarear. Del techo colgaban poderosas lámparas recubiertas por marcos oscuros, que imitaban la forma de las hojas de manzano. A lo largo de algunas paredes, se ubicaban cuadros fotográficos de gran tamaño, mostrando mujeres hermosas vestidas en los más inusuales y extravagantes trajes de diseñador. En uno ellos, Gina pudo observar la cubierta de la revista CLICHE! ampliada, donde aparecía la chica que le había abierto la puerta. Estaba semidesnuda, pero su rostro estaba, a gusto de Gina, espléndidamente maquillado, con colores vivos, y su peinado era de una perfección tal que parecía ser plástico. Detrás de una elegante escalera que ascendía, había una pared con vestidos enmarcados y adornos que parecían venir de todo el mundo.

La chica caminó por el brillante suelo de madera y se detuvo frente a un amplio sillón de cuero blanco, con ornamentaciones pintadas en rojo oscuro. Se sentó y comenzó a desengancharse los lazos del brillante casco. Una vez liberó su cabellera dorada, elevó la vista hacia su huésped.

—Humm... ¿Te gusta? —dijo al ver Gina sorprendida.

—¿Todo esto es tuyo?

—Podría decirse. Pertenece a la abuela de mi madre.

—¿De tu madre?

—Ella diseñó esos vestidos que están en la pared.

Al mirar uno de los vestidos con detenimiento, reconoció el diseño. Eran de corte naturalista, algo que había empezado en los 70 aproximadamente. El más famoso era un vestido de seda, marmolado

entre rosa y blanco, surcado en manchas negras de leopardo. El vestido era un conjunto, sin mangas ni tirantes, pero que se fragmentaba en piezas cuyos bordes estaban recortados a maneras de pétalos florales. Todo un deleite en su época. Aunque no estaban allí, Gina recordó los otros tres vestidos que pertenecían a esa colección: Uno enteramente rojo, con manchas alargadas de tigre; otro blanco, si cortés, con manchas de chita en color naranja y verde que se unían en siluetas vegetales; el “”, color azul claro, ya con mangas largas que llegaban hasta sobrepasar las muñecas, de falda corta, surcado por manchas de lince que llegaban a resplandecer de verde al azul del mismo vestido, de modo que a veces algunas desaparecían mientras se las miraba. Una maravilla.

—Tu tatarabuela es..., era...

—Sí.

—Entonces tú te llamas...

—Alice Daniel Dogson.

—¡Vaya!

Por un rato Gina y Alice se quedaron en silencio, mirándose una a la otra. Entretanto, si bien ninguna lo notó, desde fuera llegaba el rumor de música y risas. Pero una vez Gina pudo procesar todo ello, se llevó una mano a la frente.

—De modo que la diseñadora Cherril Dogson es tu madre.

—Ajá. Todo esto le pertenece.

—¿Vive aquí, contigo?

—No. Dice que este edificio es demasiado escandaloso para sus nervios. Pero suele venir de visita si está en el país. Ahora se encuentra en Berlín, atendiendo algunos asuntos y... ¿Te encuentras bien?

Gina sintió que sus piernas temblaban. Cheryl Dogson no era muy famosa, ni tenía demasiado talento, pero su madre por otro lado, sí. El estar frente a alguien de su familia era maravilloso. Gina la consideraba toda una luchadora. Sus diseños buscaban enfatizar la belleza de la naturaleza. La misma que los hombres y sus inventos buscaban dañar y contaminar.

Dogson defendía los derechos animales, algo poco habitual en la época. Sobre todo en la industria de la moda, donde el uso de pieles era tan elevado. Ella fue una de las razones por las cuales Gina se había vuelto vegetariana. No obstante, al notar el sillón de cuero en el que estaba

sentada su tataranieta, entendió que su familia no predicaba los mismos principios.

—Sí. Es sólo que estoy sorprendida.

Alice rió.

—Relájate, linda —dijo. — ¿Quieres tomar algo?

De pronto, Gina volvió a sentirse cansada, aunque apenas había despertado de una siesta.

—Un café, por favor.

—Claro. Ya vuelvo —respondió Alice, mientras dejaba el casco sobre un cojín. La cascada ondulante de su pelo bailó sobre su bonita cara de niña, y ella no hizo más que mover la cabeza para descubrir su mirada. Luego se levantó, dio una mirada intensa a su huésped y se fue por la misteriosa entrada de antes.

Gina pensó por un minuto en el significado de esa mirada, pero luego se distrajo con las luces que colgaban del techo. Realmente era impresionante. ¿Cómo podía haber todo aquello en un piso junto con otros tres departamentos? Era como si algo no encajara.

Más por curiosidad que por el sentimiento de soledad, algo inevitable en semejante espacio, Gina se dirigió hacia donde la chica había desaparecido. Descubrió que del otro lado había varias puertas, algunas quizá para los baños, y otra más situada a su izquierda, desde donde emergía una luz blanca. Al entrar por allí, vio a Alice, parada frente a una cafetera humeante.

—Hola.

—Oh —dijo Alice—, te aburríste de esperar. Aún así, esto va tomar unos minutos.

—Oh, sí. Da igual. Quería hacerte una pregunta.

—¡Claro!

—¿Por qué me invitaste? No recuerdo haberte visto antes.

—Interesante pregunta, querida...

—Gina, me llamo Gina.

—Gina, discúlpame que te responda con otra pregunta, pero, ¿por qué aceptaste entrar?

—Pensé que conocías a Kelly. Que estaría aquí dentro.

Pero Alice pareció hacer oídos sordos. Su mirada se clavó en la jarra de virio, que lentamente iba llenándose de café.

—¿Dos de azúcar? —preguntó, tomando unas tazas que colgaban de la pared.

—¿Conoces a Kelly? —preguntó Gina.

—Es amiga de mi madre.

—No está aquí, ¿cierto?

—No —respondió distraídamente Alice—. Todos quieren estar aquí. Pensé te gustaría pasar. Echar un vistazo al hogar de los Dogson.

Gina se cruzó de brazos.

—Crees que estaba fingiendo —dijo.

—No lo sé. ¿Fingías? Toma. Sin azúcar. Para que cuides tu figura.

—Gracias. No, no estaba fingiendo admiración. Tu tatarabuela es..., fue una persona brillante. Es admirada por todos los diseñadores que conozco.

—Okay. Te creo.

Gina intentó disimular su disgusto bebiendo el café. Alice había agregado dos cubos de azúcar al suyo, y dio un largo sorbo mientras miraba a Gina directo a los ojos.

—¿Eres diseñadora?

—No —respondió Gina—. Soy modelo.

—No hay mucha gente que conozca a la abuela de la gran Cheryl. A la mayoría les gustan sus diseños. Es por eso que te creo.

—Genial.

—Aunque, no sabías que vivía aquí. ¿No?

—Ni siquiera sabía que había tanto espacio en este edificio.

—Ya veo —dijo Alice, y de un momento a otro, se acercó a Gina hasta estar casi pegadas.

Al tenerla tan cerca, Gina notó que se trataba de una chica muy joven. No tendría más de veinte años. Era muy bonita, con su pequeña nariz cubierta en pecas. Su brillante mirada verde se había vuelto a clavar en la suya, de modo que era inaudito pretender que allí no pasaba nada.

—Creo que algo más te llamó la atención. Y creo que ese algo fui yo.

—Alice —musitó Gina, intentando detenerla, pero los ojos de Alice se cerraron, y el aire que brotó de su nariz calentó los labios de Gina.

El timbre era musical. Su melodía era familiar, pero, a la vez, desconocida. Aún así, fue suficiente para romper el trance entre las chicas. Alice se detuvo en seco, demasiado cerca del alma que deseaba invadir.

—Creo que es alguien —dijo Gina.

—Lo dudo —respondió Alice. Pero el timbre volvió a sonar de manera insistente. —Espera aquí —dijo y salió.

Gina se quedó petrificada en su lugar. Sonrió mientras el vapor caliente del café le mojaba la barbilla. Era una noche extraña aquella.

Desde el living le llegó el eco de un llamado. Allí estaban Kelly y su nueva amiga. Por alguna razón que Gina no se atrevió a imaginar, Kelly se había cambiado el vestido rojo por una falda negra y una camiseta roja, que apenas le cubría las costillas salientes. Cuando Gina se acercó, escuchó que hablaban de la madre de Alice; de cuanto había crecido Alice en tan poco tiempo; de lo bonita que era Alice; etcétera.

—Pasa. Estaba haciendo café.

—Oh, no te molestes. Sólo quería saber dónde te habías metido —dijo Kelly—. ¿Gina? Oye, pensé que te habías marchado.

—¿Qué le pasó a tu vestido? —preguntó Gina.

—Alguien te lo arrugó.

—¿Qué? No seas idiota. No soy de esas. Se lo presté a . Hoy tenía que hacer no sé qué en no sé dónde.

—¿Por qué no estás en la fiesta? —preguntó Alice.

—¿A cuál fiesta te refieres? Hay como cuatro distintas allá arriba.

—Cinco si contamos la orgía en tu cuarto —dijo Gina.

—¿Qué?

Ambas callaron, mirando hacia Gina. Ella dio un sorbo a su café y se detuvo a escuchar la música que venía del pasillo. Ya no se oía el jazz. Una pena por los chicos del piso 14º.

—¡Mierda! —dijo Kelly—. Debo dejar de invitar a esos pervertidos.

—Creo que debes ponerle llave a tu cuarto —aconsejó Alice.

—Y rociar ácido en el suelo del living —aportó Gina.

—Muy buenas ideas, chicas. Las tendré en cuenta la próxima vez.

Kelly era malvada. De veras.

—Ambas quédense —sostuvo Alice—. Pensaba poner un poco de música.

Y antes de que se dieran cuenta, Alice cerró la puerta.

—¿Se estaban conociendo?

—Sí —respondió Gina.

—¿En todo sentido? ¿Eh?

—Basta. Yo sólo tengo ojos para alguien.

—Quién será.

—Jamás lo sabrás, Kelly.

—Oye, ¿ya fuiste arriba?

—¿Qué hay arriba?

—Lo amarás —respondió Kelly, si a eso se le puede llamar respuesta, e inmediatamente tomó a Gina por el brazo y la dirigió escaleras arriba.

El piso de arriba era menos espacioso. Luces de cono colgaban del techo, y había alguna que otra lámpara de pie. Ese piso funcionaba como un cuarto, ya que había una cama y un armario enorme, con dos puertas de

vidrio. La cama estaba totalmente desordenada y había carteras, blísteres de barbitúricos y prendas varias regadas por todas partes. Un balcón, cerrado para evitar la entrada del viento, albergaba maniqués femeninos vestidos de manera andrajosa. Había un pequeño televisor sobre una cajonera, y sobre el televisor había una colección de latas de refresco, con el rostro y la firma de gente famosa. A un lado había una balaustrada desde donde se podía mirar el piso de abajo, y frente a ella, una mesa de noche con un espejo oval.

—Es hermoso —dijo Gina mirando a su alrededor. Las paredes eran de cristal; desde allí se podía ver los otros edificios y hasta a las personas en las ventanas.

Kelly recostó la cabeza sobre el hombro de Gina.

—Lo sé.

Luego fue Gina quien recostó la cabeza sobre su amiga.

—¿Sabes? —dijo Kelly—. Pensé que te gustaban las fiestas.

—Hummm. Me encantan.

Kelly miró a Gina, incrédula. Gina se limitó a quitarle los lentes de sol. Sus ojos eran vidriosos, inyectados en pequeñas venas rojas. Pero aún así, tenían encanto. Sin mediar palabra por unos segundos, se miraron la una a la otra, compartiendo una dulce tensión. Kelly fue la primera desviar la vista y sonreír. Gina le devolvió la sonrisa.

—Mira —dijo Kelly, señalando hacia al cielo. Su pálido rostro se había ruborizado, pero Gina decidió seguirle la corriente.

Afuera, el horizonte de rascacielos enmarcaba un amanecer de oro. Una línea purpura separaba el día de la noche. Negras palomas surcaban los cielos, bajo nubes anaranjadas. Lentamente, la luz fue avanzando por las caras de los edificios, despejando las sombras de las calles, hasta llegar a las chicas. Un avión surcó la lejanía. Aún podían verse el tenue brillo de un puñado de estrellas.

Gina se limitó a bostezar.